

# cultura



## Anecdotario de piel a piel

Nicolás Rodríguez Kolia

### Fernando Pedro Álvarez Delgado

El mundo de las emociones, grandes o pequeñas, toda la gama de sensaciones o sentimientos y sus intensidades tienen su origen en combinaciones químicas. Gracias a estas interviene la física (movimiento). Cooperan en ello múltiples factores de tipo congénito o aprehendido, es decir, la herencia genética que entre otras funciones construyen el inmodificable temperamento que es quien determina el modo en que reaccionamos. Esto no ha cambiado desde Hipócrates (siglo IVA.C.) quien lo dividió en: bucólico, melancólico, colérico y sanguíneo. Dependiendo de lo rápido o lento, de lo suave o agresivo que reaccionemos.

Por otro lado la parte aprendida, el consciente, el carácter que es conjunto de experiencias (especialmente las infantiles), es por lo que reaccionamos ante unos hechos u otros. Nuestro cerebro sigue ofreciendo muchas dudas del funcionamiento y de los porqués. Lo que está claro es que cada uno de nosotros construye la realidad, cada uno de los demás la percibe distinta.

Las posibilidades de ser distintos al que somos partiendo del mismo óvulo y el mismo espermatozoide son la potencia 236 de 10. Dicho de otro modo, es más fácil que nos toque el Euromillón que, al margen del parecido físico, nos parezcamos a nuestros hermanos. Fernando no es mi hermano biológico, lo es porque siendo imberbes los dos así lo decidimos, nos veamos más o menos: él se pasa la vida viajando.

#### La década de los 60

Tocaba la guitarra sentado junto a la ventana abierta, cuando abría la boca la voz lo ocupaba todo, los tonos graves iban *in crescendo* para volverse agudos y volar hacia las nubes. Aunque ya andábamos como locos por Beatles y Rolling Stones no abandonábamos el repertorio canario, ni los boleros, rancheras, tangos, baladas. Fernando cantaba desgarradores boleros con la esperanza de que Herminia Garrancho, mi bella vecina, se asomara a la ventana o saliera por la puerta. No lo hacía porque su padre, que era muy serio, estaba en casa. El resto de las chicas y señoras sí lo hacían, aplaudiendo a Fernando. Por aquel tiempo la mayoría esperaba cumplir los dieciocho años para salir al extranjero. Mientras tanto no parábamos, estudiábamos, hacíamos deporte, música, política, ¡cómo cundía el tiempo!

Un día me dio por montar una sala de boxeo en mi casa. Un viejo boxeador amigo mío me vendió un saco, una pera, un *punching ball*, varios pares de guantillas y guantes, cuerdas para saltar. El preparador no podía ser otro que Fernando, que boxeaba desde niño. Nos puso a todos en forma, ejercicios, carreras hasta Las Teresitas, ida y vuelta.

Fernando no era presuntuoso en nada, él sabía perfectamente sus capacidades, sus virtudes, también sus defectos que corregía constantemente en busca de la excelencia. Siempre fue, y sigue siendo, una persona noble y generosa, amigo de sus amigos, y en la medida en que podía, protector. En aquellos tiempos pretecnológicos los juegos, las parodias, las bromas eran el pan de cada día, ¡ah!, y las apuestas, que eran auténticas animaladas. Fernando, hiperbólico como el que más, se apuntaba a casi todas. Un domingo por la noche estábamos en el kiosco Asuncionistas pendientes de la quiniela, había una bandeja de huevos duros preparados para el domingo. A alguien se le ocurrió decirle a Fernando que él no era capaz de comérselos todos como lo había hecho Paul Newman en la película *“La leyenda del indomable”*. Unos segundos tardó en reaccionar pidiendo la bandeja, el que perdiera pagaría los huevos y la entrada para la próxima velada de boxeo en la Plaza de Toros. Fernando empezó a comer, nosotros lo jaleábamos. *“Vamos, adelante, tú puedes”*, le gritábamos. Cuando quedaban tres huevos la cara se le había demudado, un color extraño entre amarillo y morado, los ojos desorbitados, nos asustamos. *“Déjalo, Fernando, vas a reventar”*. Se soltó de nosotros y se los zampó.

Hace unos días, mientras comíamos en San Andrés, me recordaba otra apuesta con su primo Manolo. Fue una tarde en mi casa que yo había preparado un sabroso escaldón de carne y gofio, una perola enorme para cinco. Al terminar todos de comer Fernando dijo que él se comería dos kilos más de gofio. Manolo dijo que no se lo creía. Le amasé el gofio con agua y un poco de sal. Fernando se comió la mitad, no le permitimos seguir pues se quedó más tieso que una momia. Así era Fernando, un indomable, y lo sigue siendo.

Nuestro protagonista podría haber llegado lejos en el boxeo pero la música le tiraba más fuerte del co-

razón. A ella se entregó en cuerpo y alma. Fue componente del añorado Trío Teide, obteniendo sonados éxitos. Más tarde pasó a formar parte del Trío Los Isleños, cuando se enamoraría de la bella cantante Ubaldina, con quien se casaría. Fruto de ello nacería Isabel. Las cuatro siguientes nacerían ya en Melbourne (Australia). A veces le digo que él no fue a trabajar sino a repoblar el continente. No nos adelantemos a los acontecimientos. Antes de este viaje funda la famosa rondalla de estirpe carnalera Los Rumberos. Luego se pasaría a Flores del Sur.

Su encuentro con Mario Suárez daría lugar al dúo Los Isleños consiguiendo, entre otros, el primer premio del concurso *“Lo mejor está en mi barrio”*, el segundo premio del festival *“Canción blanca de Primavera”*. Al año siguiente obtendrían el primer premio.

Viaja a Holanda con un contrato de cantautor en varios hoteles, de ahí a Barcelona con un contrato en el Hotel Vidriera. A los 21 años ya estaba en Australia. Allí, descontando los frecuentes viajes por el mundo (conoce parte de los cinco continentes), ha pasado cuarenta y tantos años de su vida.

Ahora está de nuevo en su tierra canaria. Aquí como siempre le esperamos los amigos como Santi Palenzuela que me hace recordar aquel verano de vacaciones en el sur, al que fuimos con cañas de pescar y todas las artes de pesca y lo único que pescamos fueron unas merluzas de cerveza que no se las saltaba un cosaco, las noches en la piscina con las finlandesas y tantas anécdotas que me embriagan de nuevo sin tomar una sola copa.

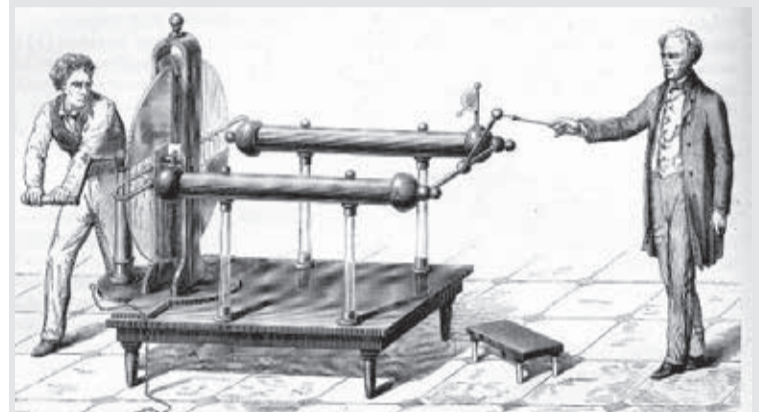
Fiestas en casa del poeta Carlos Fernández Trujillo con Álex Curbelo, Julio Blancas, Santi, Laura, Patricia, Pilar, Olga. En mi casa, las beodas excursiones, los cantos a la Luna acompañados del croar de las ranas y las risas chispeantes de las chicas. Vuela mi imaginación a través de los tiempos, se va posando aquí y allá, en todos encuentro una pléyade de amigas y amigos entre los que de forma permanente está Fernando, mi amigo, mi hermano. Anda nuestro personaje envuelto en cuitas que atañen a los sentimientos. Ariadna ha desmadejado sus hilos de seda y lo ha envuelto en ese dulce sopor del amor. Cántale Fernando, seguro que la enamoras.



## Adéntrate en el museo

Asociación Amigos Museo Cabrera Pinto

### Máquina Eléctrica Ramsden



Este artículo inicia una colaboración con este periódico con la intención de dar a conocer algunos de los fondos más destacados del Patrimonio Histórico del IES Canarias Cabrera Pinto.

El primer aparato que les mostramos es la *“Máquina Eléctrica Ramsden”*, inventada por Jesse Ramsden, óptico inglés (1735-1800). Dicho aparato pertenecía a la antigua Universidad de San Fernando, primera Universidad de Canarias que, al trasladarse a Sevilla, cedió parte de sus fondos al recién creado Instituto de Segunda Enseñanza de Canarias, actual Cabrera Pinto, en el año 1846.

Adquirida en el año 1818 a la casa Pixü, Neveu et Successeur De Dumotiez, París; tiene unas dimensiones de 175X100X178 cm y fue una de las primeras máquinas que se utilizaron para obtener electricidad, en este caso electrostática. Construida en madera, cuero, vidrio y latón, es uno de los pocos ejemplares que existen en el mundo de este tamaño y sobre todo por su disco de vidrio con ebonita, de más de 1 m de diámetro.

Utiliza dos formas distintas de electrificación, la electrificación por frotamiento, que consiste en frotar un cuerpo con otro, de tal forma que en el primero las cargas eléctricas negativas (lo que conocemos como electrones) se acumulan en la superficie del mismo; y la electrificación por inducción, que consiste en hacer pasar esa acumulación de cargas superficiales a otra superficie que esté muy cerca.

Su funcionamiento es el siguiente: mediante un manubrio se hace girar el disco de cristal que es frotado por dos pares de almohadillas de cuero unidas por unas láminas de estaño con sus superficies impregnadas de oro musivo (SnS).

En la dirección del diámetro horizontal del disco existen unas abrazaderas metálicas, provistas de puntas, llamadas peines, que están en contacto con conductores paralelos entre sí, sostenidos por pies aislantes sobre una mesa baja, que forma el soporte del aparato; ambos conductores están unidos transversalmente por otro conductor. Es aquí donde se acumulan las cargas procedentes del frotamiento del disco.

Si aproximamos una *“Botella de Leyden”* a la terminal de la máquina, una parte de esta carga pasará a la botella, que podemos trasladar a otro lugar y utilizar para realizar experimentos eléctricos.

Para apreciar la importancia histórica de un objeto conviene realizar una breve contextualización histórica. El mismo año de su adquisición (1818), la autora inglesa Mary Shelley publicó *“Frankenstein”*; cuyo conocido argumento muestra a un científico que, mediante la electricidad, devuelve la vida a un cadáver. La artista deja correr su imaginación en ese momento histórico en que la electricidad, una nueva forma de energía, abría, al ser humano, una puerta a un mundo desconocido con un poder *“ilimitado”*. La realidad fue un rápido avance científico que culminó en el último tercio del siglo XIX con la obtención de la corriente eléctrica y el inicio de la segunda gran revolución productiva.

Más cercano a nuestro entorno, en ese mismo año Simón Bolívar inicia en Venezuela la guerra de liberación del dominio español, también es el año de la fundación del Museo del Prado y nace en Alemania el famoso filósofo economista Karl Marx.

Visítenos en el museo o a través de la web: [www.museocabrerapinto.es/blascabrera/](http://www.museocabrerapinto.es/blascabrera/)